

# EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LVIII

MADRID 1 DE FEBRERO DE 1931

NUM. 5



EL PRIMER ADORNO

## EL PRIMER ADORNO

—Mirad—dice la niña—qué hermosa pulsera me ha regalado mi tío en mi cumpleaños. ¡Cómo brillan las perlas que la adornan! ¿Verdad que es una pulsera muy preciosa? Cuando vaya por la calle con mi bonita pulsera, todos me mirarán y quedarán asombrados al contemplarla y de seguro que todas mis amiguitas me envidiarán. Ya vereis qué bien voy a lucirme con ella sobre todo cuando yo sea mayor. Entonces sí que voy a dar envidia a todos, porque desde luego habreis de reconocer que una pulsera como la mía, es un adorno encantador.

—Muchachita, muchachita, no seas tan vanidosa ni te hagas tantas ilusiones; para llevar esos adornos eres todavía muy pequeña. El mejor adorno que te conviene llevar es el de un corazón limpio y puro lleno de bondad. Ser piadosa, aplicada y obediente, he aquí los mejores adornos a que debe aspirar toda niña que no quiera pasar por presuntuosa.

---

## FECHAS DE LA VIDA DE LUTERO

Martín Lutero nació el 10 de noviembre de 1483 en Eisleben, Alemania.

Al cumplir sus diez y siete años, en 1500, empieza sus estudios universitarios en Erfurt, y se decide por la jurisprudencia.

Durante este tiempo, Martín, impresionado por una terrible tormenta eléctrica, hace votos de monje.

En 1505 Martín se decide a suspender sus estudios de jurisprudencia e ingresa

en un monasterio de los Padres Agustinos en Erfurt.

En febrero 7 de 1507, Martín Lutero es ordenado al Santo Ministerio.

En 1508 Lutero es enviado a Wittenberg.

En 1509 Lutero vuelve a Erfurt.

En 1511 Martín sale para Roma.

En 1512 recibe el título de doctor en Teología.

En 1513 Lutero predica en Wittenberg.

En octubre de 1517 fijó sus noventa y cinco tesis en las puertas de la iglesia en Wittenberg.

En 1518 al 1521 Lutero estudia hebreo y griego a fin de poder traducir la Santa Biblia al idioma alemán.

En 1519, estando en Leipzig, Lutero niega valientemente la divina autoridad atribuida al Papa.

En 1521 Lutero es llamado a comparecer delante de la Dieta de Worms.

En mayo 4 del 1521 Lutero entra en Wartburg. En Wartburg traduce la Santa Biblia al idioma alemán.

En 1522 Lutero publica el Nuevo Testamento en alemán.

En junio 13 del 1525 Lutero se casa con Katharina von Bora.

En 1527 Lutero escribe el himno famoso de la Reforma, «Castillo fuerte es nuestro Dios», y compuso su música. Este famoso himno apareció impreso por primera vez en el año 1529. Luego escribió ininidad de himnos, compuso su música y los cantó.

En 1529 Lutero escribe y publica el Catecismo Mayor y el Catecismo Menor para el uso de los maestros religiosos y los laicos.

En 1530 acaeció la aceptación de la «Confesión de Augsburgo».

En 1534 Lutero termina la traducción de la Santa Biblia al idioma alemán, traducción que es aún hoy día la más amada y usada por el pueblo alemán.

En febrero, 18 del 1546, Lutero es llamado por Jesús al descanso eterno, no sin antes haber dejado establecida sobre bases firmes la Reforma.

Lutero residía en Eisleben, el pueblo de su nacimiento cuando fué llamado por el Señor.

## EL HOMBRE DE LA CAPA ROJA

(Conclusión)

—Si mañana, cuando el sol se oculte, no tengo lo que apetezco, antes de que el último rayo del astro del día vaya a confundirse con las sombras, mi vida irá también a confundirse con lo desconocido, y mi nombre se borrará de la lista de los humanos.

Al decir esto recostó su cabeza en la mesa y se quedó a poco tiempo profundamente dormido.

Un hombre se adelantó silencioso hacia el joven, le contempló largo rato y murmuró entre dientes:

—¡Mañana, mañana es el último día del plazo señalado por tí: mañana serás mío!

El que había hablado lanzó una última mirada al conde, que permanecía recostado sobre la mesa, y salió de la estancia poco a poco, como si temiera despertar al joven.

Un rayo de luna que penetraba por la ventana iluminó al nocturno visitante.

Era el hombre de la capa roja.

Cuando se despertó el caballero de Wuteng, ya era muy entrado el día y el ruido de la multitud que pululaba por las calles de Francfort llegaba hasta él con las confusas salmodias de un entierro.

Su inquieta imaginación le recordaba la promesa que hiciera la víspera, y hallábase dispuesto a cumplirla antes del tiempo prefijado, pues no abrigaba esperanza alguna de que acudiesen en su auxilio.

—Verdaderamente—se decía—es muy triste morir a los veintiseis años; pero, ¿qué otro recurso me queda después de haberlos agotados todos? Ninguno. ¡La miseria por única recompensa a mis desvelos!

—¡No, no; el porvenir, la riqueza, la felicidad!—interrumpió el hombre de la capa roja, presentándose de improviso.

—¿Quieres martirizarme sin piedad!—gritó el conde poniéndose de pie.

—No, repito, quiero que aceptes el que te propongo.

—¡Imposible!

—Tu obstinación toca ya en los límites de lo ridículo.

—Como quieras, pero te advierto que te molestas en vano.

—Piensa bien lo que dices. Mañana es el gran día del torneo, donde se presentará la mujer a quien amas ataviada con sus mejores preseas, para adjudicar el premio a un vencedor dichoso que no será el conde de Wuteng.

—¡Calla, calla!

—Ese paladín acaso merezca el honor de unirse con la reina del torneo, con la mujer más bella del mundo.

—¡Oh! ¡No, no!

—Mientras que tú sin vida morarás en una tumba fría y miserable, devorado por gusanos repugnantes.

—¡Calla, maldito, calla!

—Los señores lucirán sus mejores armas, los caballos gualdrapados relincharán fogosos en la arena, el clarín dará la señal del combate, y después...

—¡Acepto, acepto! ¡Firmaré lo que quieras!—exclamó el conde arrebatando el pergamino de las manos del desconocido.

Después firmó y selló el escrito, se lo devolvió al de la capa roja y cayó anonado sobre el asiento.

—Veo que eres razonable—dijo sonriendo de un modo siniestro el hombre misterioso.—Mañana tendrás un magnífico acompañamiento que esperará tus órdenes en el patio de tu palacio, al que te conduciré ahora mismo. Si te diriges a casa de los judíos, ellos te abrirán las puertas y las arcas y te darán cuanto necesites, sin necesidad de que se lo devuelvas. Sígueme.

El joven se levantó sin darse cuenta de lo que hacía, y poco después quedaba instalado en uno de los palacios más suntuosos de Franfort.

Para convencerse de que era cierto lo que antes le dijera el desconocido, se dirigió a las casas que antes visitara, donde le habían negado los auxilios apetecidos, y en ellas fué recibido cariñosamente y obsequiado como un rey.

El conde se admiraba más y más de lo que sucedía.

—No siendo el mismo diablo, ¿quién sino Dios puede operar semejantes milagros?

Estas reflexiones y otras muchas se hacía el conde disponiéndose para el torneo que se celebraría al día siguiente.

Llegado el momento, el joven salió de su palacio precedido de pajes y rodeado de una grandiosa servidumbre.

Los clarines anunciaron que era llegada la hora de comenzar el combate.

El vencedor era Enrique de Wuteng, que en breve contraería matrimonio con la bella princesa que presidió el torneo.

Una cosa tenía aterrada a la población. Los innumerables robos que se cometían en castillos, palacios y templos, sin que pudieran ser descubiertos los malhechores.

Enrique, pasado algún tiempo, y pensando siempre en el hombre de la capa roja, se preguntaba si habría vendido su alma al diablo.

Dos años después se presentó al conde el misterioso personaje.

—Aquí me tienes de nuevo—dijo éste.

—¿Vienes por mi alma?

—No, vengo a romper en tu presencia el pergamino que firmaste.

—¿Y qué dice?

—Oye: «Los que lleven este pergamino son gentes de mi casa, a quienes auxiliarán las autoridades siempre que lo necesiten.—Enrique, conde de Wuteng.»

—¿De manera?

—Que yo he sido el jefe oculto de una cuadrilla de ladrones y tú el jefe visible y responsable.

—¡Miserable!

El de la capa roja salió y el joven no volvió a ver en los días de su vida.